

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN SALAMANCA: ATENCIÓN A HERIDOS Y ENFERMOS

BERTHA M. GUTIÉRREZ RODILLA*

RESUMEN: Por su localización, la provincia de Salamanca se vió obligada a seguir muy de cerca la Guerra de la Independencia y a sufrir sus consecuencias. Entre éstas, no fueron las menos importantes, las derivadas de tener que atender a un gran número de heridos y enfermos durante los años que duró la contienda, sin contar para ello con las infraestructuras adecuadas. De esta situación y de la manera de hacerle frente, es de lo que nos ocupamos en las siguientes páginas.

SUMMARY: For its geographical position, Salamanca played a very important role during the "Peninsular war" and she had to support the consequences derived from it. In this article we study the soldier sanitary situation in Salamanca along the war, and the scant existent means for putting face to it.

PALABRAS CLAVE: Salamanca / Guerra de la Independencia / Sanidad Militar / Hospitales / Enfermedades Castrenses.

* Universidad de Salamanca. Departamento de Historia de la Medicina. Facultad de Medicina. Campus Unamuno.

1. INTRODUCCIÓN

Una guerra como la de la Independencia española¹ trajo para nuestro país consecuencias diversas: pérdidas humanas, exilios de familias al terminar la confrontación, gran crisis económica y financiera, destrozos irreversibles en el patrimonio artístico...², aunque sirvió también como acicate para que un pueblo dormido iniciara un nuevo periodo en su historia, cambiando de mentalidad y cerrando las puertas al antiguo régimen³. La provincia de Salamanca, con su capital al frente, fue uno de los escenarios principales de esta contienda. Lugar estratégico en el camino de Francia a Portugal asistió a los incontables trasiegos de franceses, ingleses, portugueses y españoles –“patriotas” miembros de alguna partida, colaboracionistas o, simplemente, lugareños que tratando de sobrevivir se reconvertían una y otra vez, para poder salir adelante–⁴.

De la importancia de la relación entre Salamanca y esta guerra hablan el terrible asedio sufrido por Ciudad Rodrigo en 1810, cuya recuperación posterior, en 1812, fue el punto de arranque de la retirada continua de los franceses por todo el norte de la Península hasta Francia⁵, o batallas como las de Tamames (octubre de 1809), Alba de Tormes (noviembre de 1809), Fuentes de Oñoro (mayo de 1811) o los Arapiles (julio de 1812). Todos estos acontecimientos, lógicamente, además de configurar una nueva fisonomía a las principales poblaciones salmantinas que estu-

1. Llamada así por los españoles. Para los franceses ha sido siempre la Guerra de España y, para los ingleses, la Guerra Peninsular.

2. En total murieron unos 200.000 franceses y 60.000 aliados de distintas nacionalidades; alrededor de 12.000 familias emprendieron la huida, sobre todo, hacia Francia e Inglaterra; importantes ciudades españolas sufrieron daños irreparables, no sólo por la acción de los franceses, sino también de los ingleses... Véase un resumen de muchas de estas consecuencias en MORAL, C. DEL. *La guerra de la independencia*, Madrid: Anaya, 1990, págs. 74-89.

3. “La guerra de la *independencia*, acompañada de horrores y de heroísmos sin cuento, guerra que si trastornó más la vida española durante seis años, fué magnífico y glorioso despertar de un pueblo sometido durante un siglo a la miseria y al rebajamiento, que ostentaba una general cultura somera, artificiosa y seca adornada con ciertos oropeles disimuladores del raquitismo y la imitación” (COMENGE, L. *La medicina en el siglo XIX*, Barcelona: José Espasa, 1914, pág. 50).

4. Hecho al que no ha permanecido ajeno la literatura. Así lo rememora nostálgicamente el protagonista de una novela: “Ya no recuerdo cuántas veces vinieron y se fueron los franceses, ni cuántas veces los ingleses vinieron y se volvieron a ir, en una interminable sucesión de invasiones extranjeras que dejaban a nuestra ciudad exhausta, doliente y humillada. [...] aparecían y desaparecían como los habitantes de una pesadilla recurrente, que nos visitaran cada noche con la puntualidad de una condena; siempre venían con clarines, armas y prisas, siempre traían muertos y heridos, y siempre dejaban un rastro de olor a pólvora, a cuartel y a meadas de caballo; [...] y se iban sin despedirse, sin anunciarlo, como sabiendo que volverían. No quiero acordarme de aquel tiempo de indignación y de ruido que nos dejó en la memoria un tenaz reguero de muerte, destrucción y odio. Me gustaría tener un vacío donde tengo las imágenes de aquellos días turbulentos, en los que convivimos con la parte más miserable de nosotros mismos, impulsados continuamente a la degradación de nuestras creencias y a la pérdida de nuestras esperanzas...” (EGIDO, L. G. *El cuarzo rojo de Salamanca*, Barcelona: Tusquets, 1993, pág. 13).

5. Véase, sobre lo que supuso Ciudad Rodrigo en el resultado final de la Guerra de la Independencia, HORWARD, D. D. *Napoleón y la Península Ibérica. Ciudad Rodrigo y Almeida, dos asedios análogos, 1810*, ed. esp., Salamanca: Diputación Provincial, 1984.

vieron más implicadas⁶ y de alterar profundamente la vida en algunas de ellas –como el descalabro que sufrió la normalidad universitaria en la ciudad de Salamanca⁷ o el de la industria pañera en Béjar–, regaron de muertos, heridos y enfermos de unos bandos y otros, las tierras salmantinas. De su situación sanitaria y de la atención que se les prestó en esta provincia, es de lo que nos vamos a ocupar a continuación, a pesar de la pobreza de fuentes que ayuden a realizar este cometido. Existen pocos documentos originales relacionados con el problema que centra nuestra atención, si bien no son escasos los que se ocupan de la guerra de la independencia en general, fundamentalmente de sus aspectos puramente militares⁸. En cuanto a la bibliografía crítica, son abundantes los trabajos que versan sobre esta guerra, especialmente sobre los detalles estratégicos o sobre sus implicaciones ideológicas y sus repercusiones económicas, olvidándose normalmente de los pormenores sanitarios. Los tratados más importantes de historia de la sanidad militar española, como los de J. M. Massons y S. Montserrat⁹, describen sobre

6. No sólo los edificios históricos eran aniquilados por los bombardeos, sino que muchos eran destruidos conscientemente por las tropas francesas para utilizar las piedras y los lugares en obras de defensa. Así, por ejemplo, en la ciudad de Salamanca, se derribaron varios colegios –como los de Oviedo, Cuenca y Trilingüe– y conventos como los de San Agustín o Santa Ana– mientras que otros se fortificaron, convirtiéndose en fuertes los de San Vicente, San Cayetano o la Merced... (Véase, al respecto, GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, J. *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*, 14 vols., Madrid: Depósito de la Guerra, 1868-1903, XII: 36-37 y, sobre todo, el interesante trabajo de PREVOT, A.: *Les destructions de la Guerre d'Indépendance à Salamanque*, [Thèse], París: Sorbonne, 1981).

7. Un cuarto de siglo después de acabada la guerra [1837] paseaba por España el viajero inglés Borrow, quien escribiría en 1842 las siguientes palabras sobre nuestra capital, que reflejan perfectamente las consecuencias de aquella: "Salamanca es una ciudad melancólica; los días de su gloria escolar se acabaron hace mucho tiempo para no volver; [...] sus aulas están ahora casi en silencio; [...] Pero, con su melancolía y todo, ¡qué interesante, más aún, qué espléndido lugar es Salamanca! ¡Cuán soberbias sus iglesias, qué estupendos sus conventos abandonados, y con qué sublime pero adusta grandeza sus enormes y ruinosos muros, que coronan la escarpada orilla del Tormes, miran al ameno río y a su venerable puente!" (BORROW, G. *La biblia en España*, ed. esp., Madrid: Ed. Cid, 1967, pág. 221).

8. Recogidos, sobre todo, en el Servicio Histórico Militar Español del Ministerio del Ejército que cuenta con un *Archivo de la Guerra de la Independencia*, formado por una considerable cantidad de documentos relacionados, en su mayoría, con las operaciones desarrolladas por los ejércitos aliados en diversos puntos de la Península; cuenta también con la llamada *Colección documental del Fraile*, formada por más de 1.000 volúmenes de impresos, periódicos, proclamas, bandos, sermones... que vieron la luz en España durante la contienda. Ambas colecciones han permitido, además de la publicación de un *Diccionario bibliográfico de la Guerra de la Independencia*, en 3 volúmenes (Madrid: Servicio Histórico Militar Español, 1944-1952) y de un *Catálogo de la Colección Documental del Fraile*, en 4 volúmenes (Madrid: Servicio Histórico Militar Español, 1947-1950), la realización de obras tan importantes como la de J. Gómez de Arce, ya citada. Por otro lado, y en lo que al objeto concreto de nuestro trabajo se refiere, se pueden encontrar datos dispersos de desigual interés en las Actas de sesiones de los Ayuntamientos que las conservan en sus archivos, como el Archivo Municipal de Salamanca; en libros de documentos específicamente dedicados a la Guerra de la Independencia, como el que se encuentra en el Archivo Municipal de La Alberca; y en los manuscritos de la época, compuestos en Salamanca y conservados en su Biblioteca Universitaria (en adelante, BUS) con las signaturas Ms 673, Ms 681, Ms 1644 y Ms 1652.

9. MASSONS, J. M. *Historia de la sanidad militar española*, 4 vols., Barcelona: Pomares-Corredor, S. A., 1994 y MONTSERRAT, S. *La medicina militar a través de los siglos*, Madrid: Servicio Geográfico del Ejército, 1946.

todo la situación en Cataluña, Aragón y Madrid, dejando de lado el resto. Por último, los estudios colectivos existentes no muestran interés por lo ocurrido en la región leonesa, pues se refieren nuevamente a Cataluña y Madrid, junto al País Vasco¹⁰.

2. LA SANIDAD MILITAR AL INICIO DE LA GUERRA

El modelo de sanidad militar en nuestro país en la primera década del siglo XIX –según un reglamento puesto en vigor en 1805¹¹– regulaba hasta los más pequeños aspectos de aquella y obligaba a su absoluta centralización y jerarquización. Los integrantes de este tipo de sanidad¹² –cerca de 300 “cirujanos”, de los que más de una tercera parte no tenían estudios superiores¹³, ostentaban diversos rangos, desde los colegiales hasta el cirujano mayor– formaban un pequeño ejército suficiente para atender las posibles eventualidades surgidas en tiempos de paz, pero no así en los de guerra. Por ello, había voluntarios civiles que entraban a trabajar provisionalmente para el ejército mientras duraban las confrontaciones.

A pesar de contar con este modelo tan estructurado, las peculiaridades de la guerra de la independencia, desordenada y fragmentaria, carente de unidad y de planes preconcebidos en el tiempo y en el espacio, hicieron que cada región, cada provincia, combatiera cuándo y dónde mejor le pareciera según el designio de las diversas Juntas de Guerra; esto, evidentemente, se prestaba poco o nada a una siquiera mediana organización de los servicios sanitarios¹⁴. No estaba nuestro ejército provisto de los recursos humanos suficientes como para llevar a cabo debidamente la atención médica en campaña. Cuando comenzaron los enfrentamientos contra los franceses y durante un cierto tiempo, debido al entusiasmo inicial, se ofrecieron para engrosar las filas militares muchas personas, entre las que no eran pocos los médicos, cirujanos, practicantes y estudiantes movidos, no sólo por su fervor patriótico, sino por la búsqueda de una oportunidad profesional también¹⁵. Como las necesidades reales de personal sanitario eran enormes no se llevó a cabo ningún tipo de criba para aceptar estos ofrecimientos; por esa razón el nivel de conocimientos médicos de todos ellos era bastante desigual:

10. Como los resultados de los congresos celebrados en Zaragoza que tienen esta guerra como tema de fondo: V.V.A.A. *Estudios de la guerra de la Independencia*, 3 vols., Zaragoza: CSIC-Diputación Provincial de Zaragoza, 1964-1967, o V.V.A.A.: *Estudios de la guerra de la Independencia*, Zaragoza: CSIC-Diputación Provincial de Zaragoza, 1982.

11. GRANJEL, L.S. *La medicina española contemporánea*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1986, pág. 102.

12. Véase todo tipo de detalles en MASSONS, J. M.: *op. cit.*, II: 12-14 y MONTSERRAT, S.: *op. cit.*, pág. 380 y ss.

13. MONTSERRAT, S. *op. cit.*, pág. 379.

14. *ibid.*, pág. 378.

15. También muchos facultativos de la Armada tuvieron que incorporarse al servicio del Ejército de Tierra. (MONTSERRAT, S. *op. cit.*, pág. 381).

estudiantes y sangradores se vieron investidos con la categoría de cirujanos mayores de un batallón o de un hospital porque, a fin de cuentas, aquello era mejor que nada¹⁶.

Con el paso del tiempo la situación fue estabilizándose e, incluso, llegó un momento en que el número de facultativos comenzó a disminuir: unos porque morían, algo normal en cualquier guerra, y otros muchos, porque desertaban de las tareas militares, a la vista de la precariedad del sueldo y de las dificultades existentes en ciertos momentos para cobrarlo. La penuria administrativa también influyó en la organización y el mal funcionamiento de los hospitales militares, confiados en su mayor parte a la iniciativa de las Juntas locales y, en no pocos casos, a la inagotable caridad de los particulares; los medios de transporte para los heridos eran inexistentes

era frecuente ver los largos convoyes de carros en los que aquéllos iban malamente acondicionados sobre paja para ser trasladados a lejanos hospitales, en donde les esperaba, salvo honrosas excepciones, una estancia verdaderamente inquisitorial¹⁷.

Por otro lado, en las filas francesas destacadas en nuestro país la situación sanitaria desde el inicio de la contienda también era comprometida. Puesto que el ejército francés nunca pensó que se produciría una sublevación generalizada en España y, dado que nuestros vecinos siempre trataron de mostrar que su presencia aquí era absolutamente provisional, no llevaban consigo las dotaciones sanitarias que les hubieran acompañado en otros casos: ni sus hospitales de campaña, ni un personal sanitario acorde en número con la guerra que se avecinaba. Sin embargo, cuando el tiempo se encargó de mostrar que las cosas no eran tan claras, aunque habían venido unos cuantos médicos, cirujanos o ayudantes acompañando a las tropas, éstos empezaron a resultar insuficientes, por lo que no hubo más remedio que recurrir a hospitales y médicos nacionales, a los que incorporaron a su servicio de forma involuntaria, pero también, en muchas ocasiones, voluntariamente. Otro tanto ocurría con los sitios donde atender a los heridos. En 1807, por ejemplo, el general Thiebault, Jefe de Estado Mayor, ordena desde su Cuartel General de Bayona, por medio de la *Instrucción para las tropas que marchan a España*:

Estarán dispuestos hospitales en Vitoria, Burgos, Valladolid y Salamanca, y se tendrán preparadas ambulancias en todas las etapas para recibir los hombres que no se encuentren en estado de poder ser transportados hasta uno de los cuatro grandes hospitales antes mencionados¹⁸.

Órdenes que, descendiendo a la realidad, solían ser de muy difícil cumplimiento. Tuvieron que apropiarse de los hospitales locales, que pusieron a su entera

16. MASSONS, J. M. *op. cit.*, II: 19.

17. MONTSERRAT, S. *op. cit.*, pág. 379.

18. *ibid.*, págs. 409-410.

disposición, o bien buscar lugares para convertirlos en hospitales provisionales, a los que aprovisionaron mediante la obligada aportación de los ciudadanos: colchones o jergones, mantas, sábanas, etc.

3. HERIDOS Y ENFERMOS EN SALAMANCA

Así las cosas, cuando comenzaron los más serios enfrentamientos, la suerte que corrieron los diferentes heridos no siempre fue la misma. Generalmente, cuando se trataba de un pequeño número de guerrilleros de alguna partida, su cuidado se encomendaba a una familia de algún pueblo cercano que, a veces, incluso, era la propia. No hay que olvidar que la mayoría de los guerrilleros eran campesinos que combatían cerca de su lugar de procedencia a las órdenes de un jefe valeroso y conocedor del terreno. Muchas guerrillas no dejaron nunca su comarca de origen¹⁹, ya que esa familiaridad geográfica era, precisamente, lo que las hacía más eficaces. Si los heridos no eran integrantes de la partida sino, por ejemplo, del bando contrario, abandonados por el enemigo en su huida, se trasladaban a la población cercana más importante o bien a aquella que más interesara por razones de tipo estratégico. Así,

El 2 de Agosto entró [en Salamanca] una partida de veinte guerrilleros españoles, mandada por el célebre Empecinado. [...] Los franceses se batieron en retirada, camino de Moriscos, haciendo á los españoles cinco heridos y un muerto; tuvieron aquellos otro y varios de los primeros. Llevó á Ciudad-Rodrigo el Empecinado á los enfermos que habían dejado los franceses y á varios que cogió escondidos en la ciudad [...] ²⁰.

Otra cosa es que estos enfermos llegaran o no a su destino:

Por la mañana [del 3 de agosto de 1809] sacaron los del Empecinado los enfermos franceses que dexaron en el hospital y dixerón los llevaban a Ciudad Rodrigo, pero se les vaticinaba su proxima muerte que habian dicho los de la partida que aquella peste para que habian de llevar a Ciudad Rodrigo. Executaron esto apesar de haber intercedido el Obispo [...] Eran 44 los enfermos que llevaron²¹.

Cuando el número de heridos era mayor, lo que normalmente ocurría cuando pertenecían a las unidades regulares del ejército, solían trasladarse a una población que contara con establecimientos donde poder recibirlos. Si estos estaban congestionados por la afluencia masiva de heridos se desviaban hacia otras ciudades más alejadas. Así, por ejemplo, hay datos que muestran cómo heridos procedentes de

19. REDONDO, F. "Ejército y guerrillas en la Guerra de la Independencia". En: *La Alianza de dos monarquías: Wellington en España*, Madrid: Fundación Hispana-Británica, 1988: 81-107, pág. 101.

20. VILLAR Y MACÍAS, M. *Historia de Salamanca*, 3 vols., Salamanca: Impr. Cervantes, 1887, III: 272.

21. BUS, Ms. 1644, fs. 253 v y 254 r.

Alba de Tormes eran conducidos para su cuidado a La Alberca, donde se estaba atendiendo también a los que habían llegado de Tamames²²:

Ningún gesto más hermoso que el de aquel médico o cirujano que voluntariamente decide correr la suerte de sus heridos al caer prisioneros. [...] el verdadero campeón de quedarse cuidando sus heridos y sus enfermos fue Miguel Llotge. [...] El 18 de octubre el duque del Parque obtuvo una señalada victoria sobre los franceses en Tamames. Los heridos fueron atendidos por Llotge en la Alberca, que dista unos 15 km. Cuarenta días después tuvo lugar el desastre de Alba de Tormes. Aparte de recibir heridos de esta batalla en la Alberca que está a unos 80 km., permaneció junto a ellos cuando todos se retiraron²³.

3.1. NUESTROS HOSPITALES

En aquellos momentos la situación hospitalaria en la provincia de Salamanca no era excesivamente halagüeña, muy en consonancia con una profunda decadencia iniciada en el siglo XVIII, emparentada con el declive, progresivo también, de la densidad demográfica en estas latitudes²⁴. En la capital de la provincia había²⁵ un Hospital General, que era el de la Santísima Trinidad, fruto de la fusión en 1581, de 18 hospitales pequeños existentes hasta entonces; contaba también con el Hospital del Estudio –perteneciente a la universidad–, a punto de desaparecer y con los de Santa María la Blanca y Nuestra Señora del Amparo, dedicados exclusivamente a enfermedades contagiosas. En casi todas las poblaciones importantes salmantinas existía un hospital, por pequeño que fuera y por ruinosos que pudieran ser su estado o sus recursos, siendo los más importantes: el de La Pasión, en Ciudad Rodrigo, el de San Gil, en Béjar, el de Santiago, en Alba de Tormes y el de La Providencia, en Ledesma²⁶. En cuanto a sus instalaciones y personal, no resultaba

22 En esa misma batalla, en que “salieron casi todos los franceses que habia en Salamanca a Tamames [...] trajeron los franceses [la Salamanca] mas de mil heridos” (BUS, Ms. 1644, f. 251 r).

23. MASSONS, J. M. *op. cit.*, II: 30-31.

24. CARASA SOTO, P. *El sistema hospitalario español en el siglo XIX*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 1985, pág. 72.

25. Según los datos que proporciona SANTANDER RODRÍGUEZ, M. T. *El Hospital del Estudio*, Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos-CSIC, 1993, págs. 19-20.

26. Hasta la reforma de 1833, en que Salamanca cambió su estructura y extensión, sobre todo al S.E. y E. de la provincia ganando tierras y villas pertenecientes a Cáceres y Ávila –como La Alberca, Navasfrías, Sotoserrano, Peñaranda, Cespadosa, Guijo de Ávila o Puente del Congosto, entre otras– y perdiendo, a su vez, tierras y villas muy importantes –como Hervás, Baños, Piedrahita, Barco de Ávila o Carpio Medianero, por ejemplo–, nuestra provincia estaba dividida en 11 partidos (Ciudad Rodrigo, Ledesma, Béjar, Miranda del Castañar, Montemayor, Salvatierra de Tormes, Piedra-Hita, Barco de Ávila, Alba de Tormes, Mirón y Salamanca) que agrupaban una población de alrededor de 210.000 habitantes. Las cuatro poblaciones más importantes eran Salamanca, Ciudad Rodrigo, Béjar y Alba de Tormes, seguida ésta a poca distancia por Ledesma, Hervás y San Felices de los Gallegos; en éste último fue muy importante la asistencia a militares heridos o enfermos en el Hospital de la Plaza, durante el siglo XVIII. Tomamos estos datos de MATEOS, M. D. “Salamanca”, fasc. 0. En: ARTOLA, M. (ed.) *La España del Antiguo Régimen, Acta Salmanticensis*, 2ª ed., Salamanca: Ed. Universidad de Salamanca, 1986, pág. 11 y ss.

raro que se redujeran a una simple habitación donde se acogía más frecuentemente que a los enfermos, a pobres; eran excepción los que, de entre ellos, estaban atendidos por personal especializado y no religioso.

Como ocurría con el propio sistema de sanidad militar, todos estos hospitales podían ser más o menos suficientes cuando reinaba la paz –la provincia contaba, ya lo hemos dicho, con unos 210.000 habitantes de los que menos de 15.000 pertenecían al partido de la capital–, pero al empezar las grandes contiendas ni su número, ni sus dotaciones lo fueron, hecho agravado por la gran movilidad propia de esta guerra. Movilidad que hacía que los hospitales de campaña tuvieran una vida más que efímera por lo que, lo normal era que se atendiera a los enfermos y heridos en los hospitales de cada población; al ser éstos claramente insuficientes, había que habilitar muchos conventos o colegios con este fin, de la misma manera que se improvisaban las “ambulancias” para el transporte de heridos: a bordo de acémilas, carros o, incluso, en parihuelas.

Estas instalaciones provisionales a medida que disminuía el número de enfermos o heridos se iban abandonando y se encomendaba el cuidado de los pocos que quedaran a las autoridades sanitarias locales pertinentes o, incluso, a la justicia. Así se lo decía el doctor Serapio Sinués a Miguel Chato, en noviembre de 1809, ordenándole que se dirigiera a Ciudad Rodrigo y abandonara el hospital de vanguardia que Chato había montado:

si ese Hospital ha quedado reducido [...] a un número muy corto de Enfermos, encárguelos a la Justicia del Pueblo en este caso²⁷.

Los heridos y enfermos franceses no se mezclaban con los del bando aliado. En los centros que ellos ocuparon se excluyó totalmente la atención a soldados de otras procedencias, a los que se desviaba hacia otras instalaciones:

en principio a Abril se apoderaron los franceses del ospital general, y echaron a los pobres adonde estaban las Recogidas. En estos días estaban disponiendo un ospital de Sangre en el Colegio de los Carolinos²⁸.

En la ciudad de Salamanca, a lo largo de tantos años de ocupaciones hubo diversos edificios que acogieron entre sus muros las labores de asistencia a los distintos heridos: además del Hospital de la Santísima Trinidad que, en diferentes etapas, se ocupó de españoles y franceses, los Carolinos y los colegios de Irlanda, Fonseca y San Bernardo se convirtieron en hospital tras la orden del francés Ney²⁹, de 1810, de establecer seis hospitales capaces de recibir seis mil hombres³⁰:

27. Expediente de Chato, Archivo General Militar de Segovia. (Cito a través de MASSONS, J. M. *op. cit.*, II: 51-52).

28. ZAONERO, J. *Libro de Noticias de Salamanca...* (BUS, Ms. 673, f. 103 r).

29. Incidentalmente sabemos que el odiado Ney tenía el siguiente aspecto: “Alto, un poco chato, no mui buen ceño un ayre un poco sañudo, se parece algo al tendero de la plaza que llaman Tomas Erce”. (BUS, Ms. 1652, f. 292 r).

30. VILLAR Y MACÍAS, M. *op. cit.*, III: 277. Este autor ofrece también datos concretos de las cifras de muertos en estos hospitales (págs. 279-281).

en Abril de este año [1810], principio la grande mortandaz de franceses en los ospitales, pues en el mes de setiembre solo murieron 779. tenían tres grandes ospitales que eran los Carolinos, en los irlandeses, y el Arzobispo, ademas tenían de combalencia [convalecencia] S. Bernardo³¹.

Para poder cumplir con los deseos de Ney, había que expropiar edificios y echar a la calle a sus moradores. De la manera de llevar a cabo semejantes tareas da idea el siguiente documento que intenta reproducir una orden de expropiación, también de Ney:

En 7 de Enero de 1810 se hecho por el Mariscal Ney, Duque de Elchinger que mandaba las tropas francesas en Salamanca una contribucion de 1.200.000 a los 12 combentos de monjas que sedicen enseguida con apercibimiento a ser trasladadas al combento que se designare sino satisfacian en el termino de 3º dia y serian ocupados los combentos y todos los efectos que se encontrasen, y afin de que no se hiciera extraccion alguna fue [...] un oficial con un piquete de 30, o 40 hombres a cada combento que desde aquel momento quedo custodiando las puertas de los mismos combentos a las 9 1/4 en la mañana.

Monterrey agustinas recoletas	2400
Sta Ursula	1920
Sta Ysabel	800
El Jesus	1440
Sta Clara	2240
Sta Ana	640
La Penitencia	320
La Madre de Dios	320
San Pedro	480
Las Dueñas	480
Corpus	480
Franciscas	480
Suma un millon y doscientos mil reales	1.200.000

En 11 del mismo se verifico la traslacion de las monjas de Monterrey agustinas recoletas al combento extramuros de las Carmelitas sin permitir las sacar nada ni particular ni decomun a las 4. de la tarde escoltadas de la guardia que tenían desde el 7 y el combento sigue custodiado por las tropas³².

Algunos heridos franceses, y con mayor o menor frecuencia dependiendo de los distintos momentos por los que se pasó en esta guerra, eran evacuados desde los hospitales de Salamanca a los de Valladolid; en ocasiones, se aprovechaban con este fin los carros de aprovisionamiento que venían desde allí o Medina del Campo,

31. ZAONERO, J., BUS, Ms. 673, f. 111 r.

32. BUS, Ms. 1644, f. 249 r.

hasta Salamanca, devolviéndolos a Valladolid cargados de heridos³³. Otras veces, simplemente, se confiscaban carros y animales para proceder al traslado:

el día 8 de octubre [de 1811] tenían en el prado de Zurguen [...] 136 novillos y carrucos que los avian envargado para llevar enfermos, y las carretas estaban en Santo Domingo [...]. El día 10 de octubre casacaron muchos enfermos para Valladolid [...]³⁴.

En los momentos en que se produjeron las batallas de mayor envergadura, como las de Tamames, Alba de Tormes o Fuentes de Oñoro³⁵, fue cuando las instalaciones sanitarias se mostraron más deficitarias, sobre todo, por el incremento repentino de soldados heridos. Para convencerse basta con comparar las cifras de población habitual y las de heridos [Tablas 1 y 2]. Tras la Batalla de los Arapiles (22 de julio de 1812), en la que se enfrentaron 50.000 hombres por cada ejército³⁶, los heridos se empezaron a distribuir según el ejército de procedencia³⁷: los ingleses a los Carolinos, los españoles y franceses, a Fonseca y los portugueses, a San Bernardo. Como los ingleses no cabían se llevaron también a Santo Domingo; pero llegó un momento en que el número de heridos fue tal³⁸ que todos estos hospitales habilitados fueron insuficientes, por lo que hubo que improvisar otros nuevos por todas partes, ahora ya sin discriminar a los heridos por su procedencia, como Calatrava, San Esteban, el convento de Santa Clara, del Jesús o las Agustinas:

33. Véase HORWARD, D. D. "La guerra logística". En: HORWARD, D. D. *op. cit.*, págs. 299-328. Y no debió ser raro el intercambio de heridos o enfermos entre uno y otro bando, a juzgar por pasajes como el siguiente que, aunque literario, fue escrito por una pluma tan bien documentada como la de Galdós: "daré una orden para que se os permita visitar el hospital. Tengo idea de que no ha quedado en él ningún oficial inglés. Los que había hace poco, sanaron y fueron canjeados por los franceses que estaban en Fuente Aguinaldo". (PÉREZ GALDÓS, B. "La Batalla de los Arapiles", *Episodios Nacionales*, [Cito por *Obras Completas*, Madrid: Aguilar, 1971, págs. 1.108-1.109]).

34. ZAONERO, J., BUS, Ms. 673, f. 129 r y v.

35. En la batalla de Tamames, hubo 120 españoles muertos y 470 heridos, frente a 2.000 franceses (muertos y heridos); en la de Alba de Tormes, las cifras se invirtieron y fueron 2000 los españoles heridos y muertos. Otros 2.000 más fueron hechos prisioneros. (Según los datos de MUÑOZ MALDONADO, J. *Historia política y militar de la Guerra de la Independencia de España contra Napoleón Bonaparte desde 1808 á 1814*, 3 vols., Madrid: Impr. de José Palacios, 1833, II: 225 y 232). En Fuentes de Oñoro, para el ejército aliado las cifras fueron 287 muertos, 1.323 heridos y 343 extraviados. Para el francés, 2.844 entre muertos y heridos. (GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, J., *op. cit.*, X: 118). Sobre esta última batalla, véase también BECERRA DE BECERRA, E. *La batalla de Fuentes de Oñoro: con un bosquejo biográfico de don Julián Sánchez "El Charro"*, Madrid: Asamblea Amistosa Literaria, 1986).

36. SARRAZIN, M. *Histoire de la guerre d'Espagne et de Portugal*, de 1807 à 1814, Paris: J. G. Dentu, 1814, pág. 303.

37. Tomamos estos datos de ZAONERO, J., BUS, Ms. 673, fs. 153 v y 154 r y v.

38. En esta batalla Wellington habría perdido alrededor de 5.000 hombres entre muertos y heridos y los franceses, de 7.000 a 14.000, en total. Las cifras varían según los diferentes autores: 4.800 entre muertos y heridos aliados, y 13.000 franceses, de los cuales 6.000 muertos o heridos y 7.000 prisioneros. (GATES, D. *La úlcera española. Historia de la Guerra de la Independencia*, Madrid: Cátedra, 1987, pág. 345). Cifras similares para los aliados pero las de los franceses serían 5.000 muertos y heridos, y 4.000 prisioneros (MUÑOZ MALDONADO, J.: *op. cit.*, III: 258). 5.220 aliados (muertos y heridos) y 5.000 muertos y heridos franceses más 6.500 prisioneros (SARRAZIN, M.: *op. cit.*, pág. 303). Finalmente, 964 muertos, 4270 heridos y 256 extraviados, entre los aliados y 5.000 muertos y heridos más 2.000 prisioneros franceses (GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO, J.: *op. cit.*, XII: 86-87).

varias casas principales y once conventos y colegios se llenaron de heridos de uno y otro ejército³⁹.

Y, como hospitales de convalecencia, la Hospedería del Colegio Viejo y el Hospital del Colegio de la Vega. Tantos fueron los heridos procedentes de esta batalla que llegaron, incluso, hasta Alba de Tormes, que tuvo que acoger a muchos de ellos en sus instalaciones y hasta a las casas particulares, donde eran atendidos por sus moradores. La solicitud con que éstos solían cuidarlos, podía llevarlos a su propia destrucción:

se olvidaban de atender a sus labores y de la recolección de frutos, hacían crecidos suministros a las tropas que incesantemente llegaban y a los enfermos que transitaban a los hospitales y regresaban de ellos al ejército socorriéndolos con caridad, curándolos y asistiéndolos las mujeres, de cuyas resultas se contagiaron varias familias, muriendo una gran parte de ellas⁴⁰.

Años antes (julio de 1810), también el terrible sitio de Ciudad Rodrigo con sus elevadas cifras de heridos y muertos⁴¹, festejado por todo lo alto en Salamanca⁴², había obligado a recurrir a instalaciones distintas de los hospitales⁴³. De ellas hubo que volver a echar mano en otra gran batalla, la de la *reconquista* de Ciudad Rodrigo (20 de enero de 1812)⁴⁴, siendo entre estas instalaciones la más importante la del convento de San Francisco⁴⁵.

39. VILLAR Y MACÍAS, M.: *op. cit.*, III: 295-296.

40. MONTSERRAT, S.: *op. cit.*, pág. 380.

41. Según Pérez de Herrasti, gobernador de la plaza en aquel momento, entre los españoles hubo 461 muertos y 994 heridos, todos ellos militares, más unos 250 paisanos. (PÉREZ DE HERRASTI, A. *Relación histórica y circunstanciada de los sucesos del sitio de la plaza de Ciudad Rodrigo, en el año de 1810*, Madrid: Impr. de Repullés, 1814, pág. 309. Cifras parecidas proporciona D. Nogales (NOGALES-DELICADO Y RENDÓN, D. *Historia de la muy noble y leal Ciudad de Ciudad-Rodrigo*, Ciudad Rodrigo: A. Cuadrado y Rosado, 1882 [Cito por la 2ª ed., Salamanca: Asociación de Amigos de Ciudad-Rodrigo, 1982, pág. 141]). Entre los franceses habría habido 180 muertos y 1.000 heridos. (GATES, D.: *op. cit.*, pág. 223). Otros datos sobre heridos y muertos en Ciudad Rodrigo durante esta guerra pueden encontrarse en BECERRA, E. y REDONDO, F. *Ciudad Rodrigo en la Guerra de la Independencia*, Ciudad Rodrigo: Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo, 1988, esquemas finales.

42. "El día onze de Julio de 1810 à las quatro de la tarde entraron los franceses en Ciudadrodrigo y hubon en Salamanca, tres dias de Yluminacion y toque de campanas en todas las parroquias" (BUS, Ms. 681, fs. 8 v y 9 r).

43. Los existentes en aquellos momentos en tiempos de paz eran el de La Pasión, donde se atendían todas las enfermedades menos las contagiosas, el de La Piedad, para la venéreas y el de Santa Elena, para los cofrades pobres de Santa Cruz. (Véase SÁNCHEZ CABAÑAS, A.: *Historia de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Ciudad Rodrigo*, Ciudad Rodrigo: Impr. de Dña. Carmen de Verdi, 1861, págs. 96-97). Antes había existido también un hospital militar pero desapareció en 1741. A partir de 1748 se concertó con el Hospital de La Pasión mediante diferentes contratos, la asistencia de los militares enfermos.

44. En la que quedaron 2.000 franceses fuera de combate, entre muertos y heridos. (NOGALES-DELICADO Y RENDÓN, D.: *op. cit.*, pág. 144). Aunque los aliados sufrieron menores pérdidas en número (146 muertos y 560 heridos), en esta batalla murieron los importantes generales ingleses Crawford y Mackison.

45. Allí coloca Galdós al monje agustino Juan de Dios, que se dirige con las siguientes palabras a Gabriel Araceli en "La Batalla de los Arapiles": "Yo me encontraba dentro de Ciudad Rodrigo cuando la

Pero otras villas que no ostentaron el protagonismo que tuvieron Ciudad Rodrigo o Salamanca en esta guerra, también vieron cómo se desbordaban en ocasiones las infraestructuras existentes. Así, en 1809, en Béjar

para atender al gran número de enfermos, muchos de los cuales morían, fue necesario crear un hospital militar para acogerlos y atenderles en su curación, en muchos casos de enfermedades irreversibles. Se habilitaron para este fin unas dependencias del Convento de San Francisco; se contrataron los servicios de médico, cirujano, hospitalera y lavandera. Se adquirieron camas, jergones, sábanas y mantas, dotándosele del material preciso para con eficiencia, proceder a las atenciones sanitarias de los allí ingresados. Pronto las arcas de la Junta [de Guerra] quedaron vacías y hubo que recurrir a los impuestos extraordinarios, tanto a los vecinos de la Villa, como a los de los pueblos de su jurisdicción⁴⁶.

3.2. MUERTE Y VIDA EN LOS HOSPITALES

No sólo existieron problemas para montar hospitales o conseguir camas en que atender a los enfermos y heridos; también se presentaron en lo que se refería a la vida cotidiana desarrollada dentro de ellos, de un modo particular en los improvisados. Las condiciones puramente médicas eran deficitarias, por la falta de material sanitario, la escasez de medicamentos, la imposibilidad de aislar en salas diferentes a los afectos de distintas enfermedades contagiosas y a ellos, de los heridos, etc. Por otro lado, las mantas y los colchones no se aireaban nunca, las sábanas no se cambiaban de un enfermo a otro y los locales no se ventilaban; era casi imposible poder proporcionar a tan gran número de necesitados, alimentos y calor todos los días en una situación en la que lo único realmente abundante eran los piojos, pues los hospitales se habían convertido en

casas de horror y desesperación, en sepulcros en que se han enterrado miles de jóvenes. [...] Allí el soldado valiente, que cuando sano no temía al semblante

asaltó el Lord en enero de este mismo año. Hallábame sirviendo en el hospital cuando comenzó el cerco, y entonces otros buenos padres y yo salimos a asistir a los muchos heridos franceses que caían en la muralla. Yo estaba aterrado, pues nunca había visto mortandad semejante [...]. El día 18, el arrabal donde yo estaba dióme idea de cómo es el Infierno. Deshacíase en mil pedazos el convento de San Francisco, donde íbamos colocando los heridos [...]. Yo, exánime y moribundo, yacía en tierra en un charco de sangre y fango, y rodeado de cuerpos humanos" (PÉREZ GALDÓS, B.: *op. cit., ed. cit.*, págs. 1065-1066). En este convento, no sólo se atendió a heridos y enfermos en 1812, sino que años antes sirvió también para intentar evitar ferozmente la llegada de los franceses, siendo los monjes que lo habitaban los más activos de todos. (HIERRO, J. M. del *Manifiesto de las ocurrencias mas principales de la plaza de Ciudad Rodrigo, desde la causa... hasta la evacuacion de la plaza de Almeyda, en el Reino de Portugal, por los franceses en el día 1 de Octubre de 1808*, pág. 172. [Obra encuadrada con la de SÁNCHEZ CABAÑAS, A., *op. cit.*].

46. RODRÍGUEZ BRUNO, G. E. *Béjar y la Guerra de la Independencia*, Béjar: G. E. Rodríguez Bruno, 1993, págs. 90-91.

fiero de un frances, ni la muerte que arrojaban sus cañones, era conducido a la Misericordia ó Trinidad, en donde el mas ingenioso tirano no hubiera podido reunir más tormentos, y en cuya estancia temblaba y se estremecía. [...] En estos hospitales no solo les faltó cama y abrigo, sino muchos de los demas objetos de su asistencia; escasearon los sirvientes; se carecia de vasos de limpieza; no había proporción entre el numero de facultativos y el de los enfermos; faltaban medicamentos, ó no se propinaban por falta de vasijas; [...] faltaron hasta los enterradores, habiendo salas en que estuvieron muchas horas seis cadaveres, que servian de almohadas á otros que, tendidos en el mismo suelo estaban agonizando⁴⁷.

La situación, evidentemente, fue peor durante la ocupación francesa, en los hospitales de los que no se habían incautado. Normalmente los que ellos ocupaban eran los mejor dotados, y cuando tenían que improvisar alguno instaban al pueblo a colaborar con colchones, mantas, sábanas y comida. Otras veces pedían directamente dinero a la ciudad, carga que tenían que distribuirse los ciudadanos según diversos criterios, aunque con la condición común a todos de hacer frente a la obligación en un periodo reducido de tiempo, cuyo retraso originaba repetidas reclamaciones. [anexos 1, 2 y 3]⁴⁸.

Sólo cuando los franceses habían elegido y estaban ya satisfechos, se habilitaban los hospitales para los españoles y sus aliados, para lo que también se pedía al pueblo colaboración, pues las instituciones se mostraban incapaces de sostenerlos económicamente. En algunos momentos, como a finales de 1811, la penuria económica llegó a ser tal que en Salamanca,

el dia 10. de Noviembre, (Domingo) principiaron acer Comedias en el patio los aficionados de esta ciudad, para socorrer a el ospital General de los paisanos con lo que se sacase de las entradas, dejandolo todo a beneficio de dicho ospital, asta la policia lo dejó, viendo que no tenia mas recursos que las limosnas quedavan los caritativos. quien lo dijera? con la Renta que tenia. La utilidad de esta comedia fue de 2320 R^s ⁴⁹.

Cualquier guerra constituye una situación excelente para el desarrollo de enfermedades, sobre todo, de aquellas más relacionadas con la carencia de higiene, mala alimentación y exposición a los rigores del clima, factores éstos que actúan

47. *Discurso económico-político sobre los Hospitales en campaña*, [Anónimo atribuido a A. Hernández Morejón], Valencia: Salvador Fauli, 1814, págs. 3-4. Este párrafo que se refiere a algunas instalaciones de Cuenca, al parecer podría suscribirse punto por punto para nuestros hospitales, según la afirmación de Girod de l'Ain: "Los hospitales de Salamanca son depósitos de podredumbre, que devoran a los enfermos" (AIN, G. DE *Vie Militaire du Général Foy*, Paris: 1900. Cito a través de MONTSERRAT, S.: *op. cit.*, pág. 426. Véase en este mismo sitio otras descripciones del mismo estilo).

48. Documentos extraídos del libro facticio *Colección de varios papeles*, que con la signatura 56676(30) se encuentra en la BUS.

49. ZAONERO, J., BUS, Ms. 673, f. 130 v.

sobre unos cuerpos previamente debilitados por el exceso de ejercicio físico y la escasez de descanso. Tanto que, en muchas ocasiones,

se pierden muchos más soldados víctimas de las enfermedades castrenses que del hierro y del plomo enemigos⁵⁰

Y así fue, en efecto, en esta contienda en que, como hemos visto, los problemas económicos fueron tan graves y la miseria tan mortífera que las infecciones y el hambre se cobraron más víctimas que las armas de fuego⁵¹. Situaciones comprometidas que afectaron por igual a la población civil, como parecen demostrar las dos inflexiones –en 1809-1810 y 1812– que se marcan en la curva demográfica ascendente perteneciente a este periodo⁵², pues todos los testimonios muestran la crueldad del hambre en nuestra provincia durante la guerra aunque pudiera haber desaparecido la “crisis de subsistencia” existente pocos años antes de su comienzo⁵³. Situaciones de hambre y enfermedad que la población trataba de paliar con la ayuda del cielo:

en el año de 1808, el 25 de abril, salio en rogativa el Santísimo Cristo de las Batallas por algunas calles; el 22 de mayo, salió nuestra Señora de la Concecion de San Francisco en rogativa; el 26 de mayo, se puso en rogatiba á Jesus Nazareno, el de los menores. Estubo 3 dias en rogatiba y el dia de San Fernando se le yzo la fiesta. El 28 de mayo rogativa a Santiago⁵⁴.

Entre las enfermedades que afectaron más usualmente a los soldados en este periodo se encontraban la popular sarna –los sarnosos simples se trataban en los cuarteles y los complicados o inveterados en los hospitales– o las disenterías –las llamadas disenterías castrenses–, causadas por el consumo de aguas en mal estado o la mala alimentación, que llevaba también a los procesos carenciales, sobre todo el escorbuto. Todos ellos podían presentar, además, fiebres inespecíficas de etiología diversa, afecciones respiratorias y cuadros reumáticos, las clásicas enfermedades venéreas y las complicaciones propias de las heridas, tétanos y gangrenas⁵⁵. Pero entre todos los procesos infecciosos que aquejaron a los soldados durante esta guerra, guerra que supuso un completo retroceso en la lucha contra la enfermedad por producirse durante ella una desarticulación importante de la sanidad⁵⁶, merece

50. CODORNIÚ, M. *Instrucciones higiénicas*, Madrid: Imprenta Nacional, 1836, pág. 1.

51. AYMES, J. R. *La Guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, 4ª ed., Madrid: siglo XXI, 1990, pág. 105.

52. *ibid.*, pág. 106.

53. Véase PESET, J. L. y CARVALHO, J. A. “Hambre y enfermedad en Salamanca. Estudio de la repercusión de la ‘Crisis de subsistencias’ de 1803-1805 en Salamanca”, *Asclepio*, 24, 1972, págs. 225-266.

54. BUS, Ms. 681, f. 3 r y v.

55. GARRISON, F. H. *Notes on the History of Military Medicine*, Washington: Association of Military Surgeons, 1922 [Ed. facsímile, New York: G. Olms, 1970], pág. 167.

56. PESET REIG, M. Y PESET REIG, J. L. *Muerte en España (política y sociedad entre la peste y el cólera)*, Madrid: Seminarios y Ediciones S. A., 1972, pág. 164.

comentario especial el tifus, que pudo ser el que más víctimas se cobrara, destacando quizás por su morbilidad, la epidemia de tifus castrense registrada en Cataluña⁵⁷; cuadro temible, causado por *Rickettsia prowasekii* transmitida a través de piojos –como demostrarían Nicolle y Conseil justamente un siglo después–, y ligada como ninguna otra al hambre y la miseria; porque si el hambre conduce a un estado próximo a la inanición en que la resistencia tanto específica como inespecífica a las infecciones está disminuida, la miseria, con la falta de todo tipo de higiene que conlleva, arrastra consigo el mejor de los estados para la propagación de los piojos, encargados de transmitir la enfermedad.

A todos estos procesos a que hemos hecho referencia, se añade uno propio de los confrontamientos bélicos en territorios con un clima como el de Salamanca: las congelaciones de miembros o extremidades distales, documentadas en nuestro país para esta guerra, en zonas de los antiguos reinos de León y de Aragón⁵⁸. Y aun cabría añadir otra dolencia más para los soldados franceses:

murieron [...] muchos individuos del ejército enemigo, no solo por las fatigas de la guerra y las heridas sino centenares de nostalgia, siendo muchos casi niños ó jóvenes de edad excesivamente temprana, arrebatados de sus hogares por las últimas conscripciones en Francia y otros países que dominaba por sus conquistas⁵⁹.

Por unas razones u otras, la mortandad llegó a ser tan importante que hubo también que improvisar nuevos cementerios, como la huerta del Monasterio de San Bernardo en la ciudad de Salamanca. La Cédula de 3 de Abril de 1787, dictada por Carlos III, no había logrado desterrar la nociva costumbre de enterrar en iglesias y conventos. Y tan sólo después de multitud de informes y con la enconada oposición de los fanáticos, se había conseguido emitir a principios del ochocientos una serie de reales órdenes que obligaban a la construcción de cementerios hasta en las aldeas más pequeñas, “novedad higiénica de la mayor trascendencia, base de la legislación actual y uno de los motivos de la caída de don Manuel Godoy”⁶⁰. Tardaron, sin embargo, en llevarse a la práctica y como llegara un momento en que tampoco las huertas fueran suficientes, hubo de construirse el nuevo cementerio con carácter general para toda la ciudad⁶¹. Hecho al que no fueron ajenos ni el peli-

57. De ella da cuenta CODORNIÚ, M. *El tifus castrense y civil*, Madrid: Fuentenebro, 1838, págs. 44-45.

58. Véase MASSONS, J. M. *op. cit.*, II: 80.

59. VILLAR Y MACÍAS, M. *op. cit.*, III: 279-280. En este sentido, parece que de los 92.000 hombres que llegaron con el ejército francés a nuestro país, tan sólo 18.000 eran soldados veteranos; 13.000 eran extranjeros (suizos, italianos, wesfalianos, irlandeses, prusianos...) y 61.000 eran jóvenes reclutas, deficientemente equipados, entrenados e instruidos, de los que muchos habían dejado hacía muy poco de ser niños. (Véase CHAMORRO MARTÍNEZ, M. *1808-1936. Dos situaciones históricas concordantes*, Madrid: Doncel, 1975, págs. 77-78). Sobre la composición del ejército español, véase REDONDO, F.: *op. cit.*, pág. 84 y ss.

60. COMENGE, L.: *op. cit.*, pág. 125.

61. Véase RUPÉREZ ALMAJANO, N. y DÍEZ ELCUAZ, J. I. “El cementerio de Salamanca y sus panteones neomedievales”, *Salamanca, Revista Provincial de Estudios*, 35-36, 1995, págs. 175-212. A Thiebault se deben también, el levantamiento de la plaza de Anaya y el intento de abrir la calle de la Rúa, algo que no se conseguiría hasta casi un siglo después.

gro creciente de epidemias por malos enterramientos, ni el espíritu ilustrado del por entonces gobernador de Salamanca general Thiebault, muy preocupado por los diversos aspectos de la policía urbana.

Pero a pesar del número de muertos y de las calamidades que se sufrían en los hospitales, tampoco faltó la picaresca: muchos soldados u oficiales cansados de la contienda encontraban en estos establecimientos, un buen lugar donde reposar, dándose el caso de algunos que, habiendo obtenido el alta en uno de ellos, encontraban fácil acomodo en otro para continuar descansando⁶². Aunque no siempre era seguro relajarse en un hospital, pues también allí peligraba la vida: no sólo por enfermedad, sino por la brutalidad aneja a las guerras. Fue ésta la que llevó a que encontraran la muerte los soldados acogidos en el hospital habilitado de San Francisco en Béjar a manos de los franceses, tras su entrada en la ciudad, cuando concluyó el enfrentamiento que mantuvieron en el Puerto de Baños contra los españoles, el 30 de julio de 1809⁶³; igualmente la parca se llevó a un lancero de don Julián Sánchez “El Charro”⁶⁴, que se encontraba escondido en una casa para recuperarse de sus heridas⁶⁵. Con el fin de evitar hechos de este tipo se tomaron en 1810 una serie de medidas entre las que figuraban la obligación de los administradores de los hospitales –civiles o militares– de enviar al intendente del Ejército, a primeros de cada mes, una relación nominal de altas, bajas, muertos y hospitalizados que éste debía hacer llegar a cada unidad; con el mismo fin, un oficial de cada división hacía mensualmente una visita de inspección a todos los hospitales de su territorio⁶⁶.

* * *

Este es el panorama sanitario relacionado con la guerra en las tierras salmantinas. Como hemos visto, Salamanca o Ciudad Rodrigo fueron algunos de los lugares más afectados por una confrontación que transformó el país entero. Sus consecuencias, entre nosotros, están en la base del largo languidecer de una provincia cuya capital ha tardado casi dos siglos en recuperarse. Fue aquella, sin duda,

62. MASSONS, J. M.: *op. cit.*, II: 56.

63. RODRÍGUEZ BRUNO, G. E.: *op. cit.*, pág. 132. De estos desastres también se hace eco el 6 de agosto de 1809, el autor del Ms. 1644 de la BUS, f. 255 r: “que ya no viene aquí la tropa que han ido [...] al puerto de baños, pero que no retroceden los franceses, que han hecho muchos estragos en Bejar y pueblos al transito”.

64. Sobre D. Julián se han escrito varias semblanzas, donde se suelen mezclar la realidad y la leyenda. Un buen resumen de la vida y andanzas de este personaje es el que presenta LOVETT, G. H. *La guerra de la independencia y el nacimiento de la España contemporánea*, ed. esp., 2 vols., Barcelona: Península, 1965, II: 258-260.

65. “fusilaron á un lancero de don Julian, que ocultamente se hallaba curando de sus heridas. Diéronle cruel muerte, pues no le quitaron la vida hasta la tercer descarga, hiriéndole de un modo horrible en las dos primeras; lo que pudo ser casual, pero pareció refinado ensañamiento” (VILLAR Y MACÍAS, M.: *op. cit.*, III: 279).

66. MASSONS, J. M.: *op. cit.*, II: 56.

la época más memorable de España en general y en particular, pues cada Provincia ciudad lugar o aldea por pequeños que fuesen vio los horrores de la Guerra más cruel. Por Salamanca pasaron desde principios de Noviembre de 1807 hasta 17 de Junio de 1812, 300.000 hombres de todos los ejércitos y aunque esto es un cálculo puede ser que me que corto. Murieron en los hospitales de Salamanca desde 17 de enero día que entraron hasta 16 de Junio por la noche de 1812 día que salieron más de 7000 franceses⁶⁷.

TABLA 1: Poblaciones con más de 500 vecinos

1. Salamanca	4.000 vecinos
2. Ciudad Rodrigo	1.000 vecinos
3. Béjar	1.000 vecinos
4. Alba de Tormes	500 vecinos
5. Ledesma	400-500 vecinos
6. Hervás	450-600 vecinos
7. San Felices	450-510 vecinos

TABLA 2: Muertos y heridos en las principales batallas salmantinas

BATALLA	Arapiles (Salamanca)	Ciudad Rodrigo (1810)	Ciudad Rodrigo (1812)	Alba de Tormes
ALIADOS	5.000	1.700	706	2.000
FRANCESES	5.000	1.180	2.000	600
TOTAL	10.000	2.880	2.706	2.600

67. ZAONERO, J., BUS, Ms. 673, f. 150 r y v.

SUBSISTENCIAS

MILITARES.

EMPRESTITO.

En execucion de un Decreto expedido con fecha de ayer por el Exmo. Sr. Mariscal del Imperio Duque de Elchingen , mandando se apronten en el término preciso de diez dias 6000 rs. de vellon para gastos del Ejército , tomándolos de los fondos públicos , y en su defecto por un empréstito voluntario ó forzoso sobre esta Capital , se ha dispuesto lo conveniente á reunir la mitad de aquella cantidad , que es lo sumo con que puede contarse de las Rentas pertenecientes á S. M. y procedido con acuerdo del Señor Corregidor , al repartimiento de la otra mitad restante en la forma prevenida : de cuya operacion ha resultado corresponderle á V.

rs. de vellon , que deberá entregar en la Tesorería principal de aquí al 22 del corriente , sin excusa , ó sufrirá de lo contrario las providencias que dicte dicho Exmo. Sr. Mariscal , á quien se ha pasado cópia del repartimiento , segun que tenia mandado.

Este empréstito será reintegrado indefectiblemente de los primeros productos de las Rentas Reales , para cuya pronta recaudacion se han tomado medidas eficaces que asegurarán la reunion de fondos con que poder hacerlo , y se reservarán precisamente para este objeto : sobre cuyo supuesto doy á V. este aviso para su inteligencia y cumplimiento. Salamanca 15 de Septiembre de 1809.

El Marqués de la Granja.

Sr.

ANEXO 2

El término prescripto para poner en Tesorería la cantidad que para el empréstito forzado, se ha señalado á los vecinos de esta Capital, se ha pasado yá hace ocho dias; y muchos, con todo, ó no han entregado intègramente la que se les ha repartido, ó no han satisfecho absolutamente nada; por lo que es imposible hacer frente á los considerables gastos diarios que exigen indispensablemente las precisas atenciones del Exército.

Enterado de ello el Sr. General en Xefe de las Tropas, me manda hacer inmediatamente efectivo el pago de todo el repartimiento, previniéndome que de no hacerlo tendrá que emplear las medidas de fuerza que están en su mano y corresponden á su autoridad.

Descando Yo. por mi parte evitar á V. los sensibles y terribles efectos de estas medidas, le prevengo por último aviso, que dentro de tercero dia perentorio, entregue sin la menor falta en la referida Tesorería los rs. en que consta descubierta la partida que se le ha señalado. No lo haciendo, ni yo puedo responder de las resultas ni V. libertarse de fuertes sentimientos.

Dios guarde á V. muchos años. Salamanca 2 de Octubre de 1809.

Sr. D.

CIRCULAR. *La Junta de Comision de Hacienda del 6.º Cuerpo del Ejército Francés, nombrada por el Exmo. Sr. Mariscal Duque de Bichingén, me ha significado que no todos los Pueblos de la Tierra de esta Ciudad corresponden con la puntualidad y zelo que era de esperar por la consideracion que se les ha tenido en el repartimiento de los ocho millones de rs. para sueldos, vestuario y otras necesidades de dichas Tropas; y que quando todos los demás Pueblos de la Provincia están sobrecargados con esta contribucion extraordinaria, y quando la Capital hace tambien los mayores esfuerzos para llenar el contingente que se le ha señalado, solo los Quartos de su Tierra se muestran perezosos en el pago de las Reales contribuciones atrasadas, con que sin nuevo gravámen debian cubrir la referida imposicion militar. Esta conducta me obliga á manifestárles, que ninguna excusa pondria á cubierto del aprémio militar que les amenaza, y que todos mis esfuerzos no serán bastantes á prevenir los ruinosos efectos de semejante medida, si los Pueblos no coadyuvan por su parte á salir de la penosa situacion en que se vén sumergidos.*

No basta haber invertido en suministros á las Tropas las contribuciones que se les piden, ni aun basta tampoco representar los grandes desfalcos y pérdidas que han sufrido todos los habitantes, y la ruina de muchos de ellos, que podrán ser muy bien los deudores de las cantidades que ahora se reclaman, porque es absolutamente indispensable que éstas se hagan efectivas, y que los vecinos que puedan contribuir las faciliten, por su interés propio, para evitarse las vexaciones de la fuerza armada.

Vnds. que, por razon de su empleo, serán en todo caso los primeros responsables de la execucion y cumplimiento de dichas disposiciones, tienen un doble interés en procurarlo así, y en no perder medio alguno hasta conseguirlo, alentando al mismo tiempo á esos buenos vasallos con la promesa segura de que un Rey lleno de bondad y sabiduría, reparará bien pronto en el seno de la Paz, con medidas las mas acertadas y vigorosas los daños que tanto siente un piadoso corazon, y quisiera haber evitado á qualquier costa. Háganlo Vnds. manifesto todo en público Concejo, sin perder instante, para que, deliberando en el acto mismo sobre un asunto de tanta consecuencia, se allanen qualesquiera dificultades, ántes que la Tropa misma se vea en precision de hacerlo. Dios guarde á Vnds. muchos años. Salamanca 10 de Marzo de 1810.

El Marqués de la Granja.

Señores Justicia de